SERIE

Perry Mason

ERLE STANLEY GARDNER

EL CASO DEL GATITO IMPRUDENTE

Un caso para el abogado más célebre de la historia.

«El maestro de los escritores de misterio.»
The New York Times

AHORA UNA SERIE EN HBO ESPAÑA

ESPASA

Erle Stanley Gardner

El caso del gatito imprudente

Traducción de Albert Fuentes

ESPASA

Título original: *The Case of the Careless Kitten*

© Erle Stanley Gardner, 1945

© por la traducción, Albert Fuentes, 2021
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:
Espasa Libros, 2021
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2021
ISBN: 978-84-670-6216-8
Depósito legal: B. 4.002-2021
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Egedsa
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Los ojos del gatito se movían a un lado y otro siguiendo la bola de papel que Helen Kendal agitaba por encima del brazo de la butaca. El gatito se llamaba *Ojos de Ámbar* porque tenía los ojos amarillos.

A Helen le gustaba mirarlos. Sus negras pupilas cambiaban sin cesar, se estrechaban hasta convertirse en amenazantes aspilleras, se ensanchaban hasta convertirse en opacos piélagos de ónice. Esos ojos negros y ámbar tenían un efecto prácticamente hipnótico en Helen. Después de observarlos un rato, su mente empezaba a divagar. Se olvidaba de lo que tenía más cerca, como el día en el que estaba, el salón y el propio gato; a veces incluso se olvidaba de Jerry Templar y del despotismo excéntrico de la tía Matilda, y empezaba a pensar en cosas muy remotas, ya fuera en el tiempo o en el espacio.

Esta vez, al observar los ojos del gato, recordó algo muy lejano en el tiempo. Hacía muchísimo de aquello. Helen Kendal tenía diez años y había otro gatito, blanco y gris, encaramado al tejado. Había subido tan alto que le daba miedo bajar. Y un hombre espigado de ojos grises y bondadosos había ido a buscar una larga escalera y estaba de pie en lo más alto, en precario equilibrio sobre el extremo tambaleante, mientras intentaba convencer al gato tendiéndole la mano sin perder la paciencia.

Era el tío Franklin. Helen lo recordaba tal y como lo ha-

bía visto aquel día. No como había aprendido a hacer más tarde, al dictado de otras personas. No como el marido fugitivo de la tía Matilda, no como Franklin Shore, el banquero desaparecido de los grandes titulares de los periódicos, no como el hombre que inexplicablemente había arrojado por la borda una carrera de éxitos, riqueza y poder, y que había renunciado a familia y amigos de toda una vida para perderse con los bolsillos vacíos entre desconocidos. Helen lo recordaba ahora, pero solo como el tío Franklin que había arriesgado su vida para rescatar a un gatito asustado por amor a una niña inconsolable, como el único padre que esa niña había conocido, un padre amable, comprensivo y simpático, recordado al cabo de tantos años con un amor que sabía, y seguiría sabiendo, a pesar de todas las aparentes pruebas en sentido contrario, que había sido correspondido.

Ese saber, de pronto redescubierto, hizo que Helen Kendal se convenciera sin asomo de duda de que Franklin Shore estaba muerto. Tenía que estarlo. Tenía que haber muerto hacía mucho tiempo, al poco de haber huido. El tío Franklin la había querido. Tenía que haberla querido, porque de lo contrario no se habría arriesgado a enviarle aquella postal desde Florida, poco después de su desaparición, justo cuando la tía Matilda intentaba con todo su empeño encontrarlo y él debía de estar intentando con todavía más ahínco que ella no lo lograra. No debía de haber vivido mucho más después de aquella postal, porque le habría hecho llegar otro mensaje. Su tío tendría que haber sabido que anhelaba recibir más noticias suyas. No se habría atrevido a decepcionarla. Franklin había muerto. Llevaba muerto casi diez años.

Había muerto, y Helen tenía derecho a recibir los veinte mil dólares que su tío le había dejado en herencia. Y si pudiera disponer de todo ese dinero, con Jerry Templar en casa, de permiso por una semana...

Su mente volvió a divagar. El paso por el ejército había cambiado a Jerry. Sus ojos azules se habían tornado más firmes; su boca, más severa. Pero aquel cambio no había tenido otro efecto que convencerla de lo mucho que lo amaba, y ahora estaba más segura que nunca, a pesar del empecinado silencio de Jerry al respecto, de que él la seguía queriendo. Aunque no quisiera casarse con ella. No, si eso suponía que la tía Matilda la echara de casa y los obligara a sobrevivir con su sueldo del ejército. Pero si ella conseguía dinero, dinero propio, dinero suficiente para que Jerry se convenciera de que no se quedaría en la calle o muerta de hambre si a él le pasaba algo malo, entonces...

De nada servía pensar en eso ahora. La tía Matilda no iba a cambiar de parecer. No era mujer que cambiara de opinión con facilidad. En cuanto tomaba una decisión, ni siquiera ella misma podía cambiarla. Y la decisión definitiva que había tomado era que Franklin Shore seguía con vida, y con la misma firmeza había tomado la determinación inamovible de no dar los pasos legales necesarios para que se le declararse legalmente muerto y permitir de ese modo la ejecución del testamento. La tía Matilda no necesitaba su parte del patrimonio. Como esposa de Franklin Shore, controlaba las propiedades que este le había dejado de la misma forma que si hubiese sido su viuda y albacea. Y podía controlar a Helen, que no tenía ni un centavo y dependía por completo de ella, de manera mucho más estrecha que si su sobrina hubiera recibido el legado de veinte mil dólares.

Y la tía Matilda disfrutaba controlando a la gente. Nunca renunciaría al dominio económico que ejercía sobre Helen, sobre todo mientras Jerry Templar siguiera rondándola. A la tía Matilda, ese chico nunca le había gustado, como tampoco le gustaba que su sobrina le tuviera afecto, y el cambio que el paso por el ejército había surtido en él no había tenido al parecer otra consecuencia que volver más

explícito el disgusto que le causaba Jerry. Era imposible que la tía Matilda soltara la herencia antes de que concluyera la semana de permiso de Jerry. A menos que el tío Gerald...

La mente de Helen volvió a dispersarse. El tío Gerald, tres días antes, le había dicho que iba a conseguir que la tía Matilda se bajara del burro. El testamento de su hermano le dejaba la misma suma que a Helen. A sus sesenta y dos achacosos años, y ejerciendo todavía la abogacía para ganarse el pan, aquel dinero le iba a venir de perlas, y creía que ya llevaba demasiado tiempo esperándolo.

—Puedo conseguir que Matilda dé el paso y pienso hacerlo —le había dicho—. Todos sabemos que Franklin está muerto. Lleva tres años legalmente muerto. Quiero mi herencia y quiero que tú recibas la tuya.

Su mirada se había vuelto tierna y cariñosa mientras la contemplaba, recordó ahora Helen, y su voz también se había vuelto más cálida y dulce.

—Cada vez, me recuerdas más a tu madre, Helen. Incluso de niña tenías sus ojos, con el mismo tono violeta, y su melena dorada, con los reflejos cobrizos. Y has crecido hasta tener su cuerpo alto, esbelto y encantador, y sus manos largas y hermosas, e incluso su misma voz preciosa y suave. Tu padre me caía bien, pero nunca pude perdonarle del todo que se llevara a tu madre. —Se había interrumpido. Cuando volvió a hablar, Helen apreció algo distinto en su voz—: Vas a necesitar tus veinte mil dólares dentro de poco, Helen.

—Los necesito ahora —había respondido ella.

—¿Lo dices por Jerry Templar?

El semblante de Helen debió de ser suficiente respuesta, porque Gerald no esperó a que ella hablara. Su tío había asentido despacio.

—De acuerdo. Intentaré conseguirte el dinero.

Por su forma de decirlo, pareció que se proponía hacer

algo más que intentarlo. Y desde entonces ya habían pasado tres días. Quizá...

A *Ojos de Ámbar* se le agotó la paciencia. De pronto, saltó como un relámpago hacia la desquiciante bola de papel y se aferró a ella con garras y colmillos. Entonces, al ver que caía, se agarró instintivamente de la muñeca de Helen, clavándole las afiladas zarpas al intentar salvarse de caer al suelo enmoquetado.

Helen se asustó y pegó un grito.

—¿Qué ha pasado, Helen? —exclamó la tía Matilda desde su cuarto.

—Nada —respondió Helen, riéndose nerviosa mientras agarraba la zarpa del gato con su mano libre para soltar las garras clavadas en su piel.

—*Ojos de Ámbar* me ha arañado. No es nada.

—¿Qué le pasa a ese gato?

—Nada. Solo estábamos jugando.

—Deja de jugar con él. Lo estás malcriando.

—Sí, tía Matilda —respondió Helen dócilmente, mientras acariciaba al gatito y se miraba los arañazos en el dorso de la mano.

—Supongo que no sabes lo afiladas que tienes las uñitas —le dijo a *Ojos de Ámbar*—. Ahora tendré que ponerme algo para curarme la mano.

Estaba frente al botiquín del cuarto de baño cuando oyó el bastón de la tía Matilda. La puerta de su habitación se abrió y Matilda apareció ante ella con el gesto torcido.

A sus sesenta y cuatro años, Matilda Shore cargaba a sus espaldas con diez años de venganza insatisfecha. La ciática le había avinagrado aún más el carácter. Era una mujer corpulenta. De joven seguramente había tenido la belleza de una amazona, pero a esas alturas de la vida ya había perdido todo interés por su aspecto físico. La carne había envuelto sus huesos con generosidad. Tenía los hombros caídos. Solía caminar con la cabeza inclinada hacia abajo.

Unas bolsas oscuras y profundas adornaban sus ojos. Su boca había adquirido un severo rictus invertido. Pero, por mucho que se hubiera ensañado con ella, el paso del tiempo no había logrado arrebatar a sus facciones la ceñuda decisión de una mujer de indomable voluntad que vivía con un solo y firme propósito en la mente.

—Déjame ver ese arañazo —exigió la tía.

—No ha sido culpa del gatito, tía Matilda. Estaba jugando con él. Le enseñaba una bola de papel para que saltara y la cogiera. No me he dado cuenta de que la sostenía demasiado alta. *Ojos de Ámbar* solo ha intentado agarrarse para no caerse.

La tía Matilda miró con furia la mano arañada de su sobrina.

—Hace un rato he oído hablar a alguien. ¿Quién era?

—Jerry. —Helen procuró con todas sus fuerzas no ponerse a la defensiva, pero la mirada de la tía Matilda la amedrentó—. Solo se ha quedado unos minutos.

—Eso me ha parecido. —Estaba claro que la tía Matilda sentía un perverso placer al confirmar la brevedad de la visita—. Ya va siendo hora de que te hagas a la idea, Helen. Es obvio que él ya lo ha hecho. El chico es lo bastante sensato para ver que no puede casarse contigo. Y para ti es una buena noticia que no pueda. Eres tan tonta como para casarte con él si te lo pide.

—Tengo lo justo de tonta para hacerlo —dijo Helen.

—Pues entonces no tienes ni un pelo de tonta —dijo con desdén la tía Matilda—. Eso es lo que piensan los tontos. La suerte es que da lo mismo lo que pienses. Es la peor clase de hombre para una chica como tú. Es de los que prefieren salir de juerga con los amigos. Ninguna mujer encontrará la felicidad a su lado. Además, es tan callado y reprimido que terminaría volviéndote loca. Y tú ya vas sobrada en ese aspecto. He estado casada dos veces y sé de lo que hablo. El único tipo de hombre que podría hacerte feliz sería alguien como George Alber, que...

—Que me deja totalmente fría —la interrumpió Helen.

—No sería así si lo vieras más a menudo, si te olvidaras de esa idea ridícula de que estás enamorada de Jerry Templar y no puedes ser simpática con ningún otro hombre. Ni siquiera tú puedes ser tan tonta como para no entender que Jerry no puede casarse contigo con su sueldo de soldado raso. Nunca podrá...

—Dejará de serlo muy pronto —volvió a interrumpirla Helen—. Van a enviarlo a una academia de oficiales para formarlo.

—¿Y eso qué más da? Cuando le asignen un destino, si es que lo consigue, lo mandarán al fin del mundo y...

—Primero estará en la academia de oficiales —saltó Helen antes de que la tía Matilda pudiera decir nada sobre lo que ocurriría después. Helen no se permitía pensar sobre eso—. Estará allí varios meses, y yo podría acompañarle, o por lo menos vivir cerca de la academia. Lo bastante cerca para que podamos vernos de vez en cuando.

—De acuerdo. —El tonillo irónico de la tía Matilda era inconfundible—. Lo has pensado todo, ¿verdad? Salvo por un pequeño detalle, evidentemente, que es de qué vas a vivir mientras todo eso esté pasando. A lo mejor has... —Se interrumpió—. Ya lo entiendo. Gerald ha hablado contigo. Te ha hecho creer que puede obligarme a darte el dinero que Franklin te dejó en herencia. Pues bien, ya puedes sacarte esa idea de la cabeza. Ese dinero no lo verás hasta que Franklin haya muerto. Y de momento está tan muerto como pueda estarlo yo. Está vivo. Un día de estos volverá y me suplicará de rodillas que lo perdone.

Se echó a reír, como si fuera un comentario gracioso. Helen entendió de pronto, por primera vez, por qué la tía Matilda se aferraba con uñas y dientes a la idea de que Franklin Shore estaba vivo. Lo odiaba con tanta rabia que no toleraba la idea de que su marido se hubiera marchado más allá del alcance de su odio. A la tía solo le queda-

ba un sueño. Vivía en ese sueño y en él encontraba sustento para su vida: el sueño de que su marido volvería un día. Volvería por los únicos motivos que podían obligarle a hacerlo: la vejez, la soledad, los golpes recibidos, la necesidad. Y ese día ella podría hacerle pagar con la misma moneda todo lo que él la había hecho sufrir.

Komo, el sirviente, apareció sigilosamente de la nada y se quedó en la puerta.

—Disculpe, por favor —indicó.

—¿Qué ocurre ahora, Komo? La puerta está abierta. Pasa. Siempre andas con pies de gato. No lo soporto.

El criado observó a Matilda Shore con sus brillantes ojos oscuros.

—Alguien en teléfono —dijo—. Decir que llamada importantísima.

—De acuerdo. Dame un minuto.

—He dejado supletorio en dormitorio —anunció Komo, antes de dar media vuelta y desaparecer por el pasillo con pasos rápidos y ligeros.

—Tía Matilda —señaló Helen—, ¿por qué no despides al criado? No me fío de él.

—Tú quizá no, pero yo sí.

—Es japonés.

—No digas tonterías. Es coreano. Odia a los japoneses.

—Eso es lo que dice, pero a saber si no...

—Pues lleva doce años diciendo que lo es.

—A mí no me lo parece. Tiene rasgos de japonés, se comporta como un japonés y...

—¿Has conocido a algún coreano? —la interrumpió la tía Matilda.

—Bueno, no, no exactamente, pero...

—Komo es coreano —dijo Matilda convencida, y dando media vuelta se dirigió a su habitación y cerró la puerta tras de sí.

Helen volvió al salón. Le escocía la mano por los araña-

zos y el alcohol del desinfectante. El gatito había desaparecido sin dejar rastro. Helen se sentó e intentó leer un poco, pero su mente se negaba a concentrarse en la página impresa.

Al cabo de unos quince minutos, tiró la revista a un lado, se arrellanó en la butaca y cerró los ojos. El gatito, surgido de la nada, dio muestras de arrepentimiento al restregarse ronroneando contra sus tobillos. A la postre, dio un salto y se encaramó al brazo de la butaca. Su áspera lengua le raspó la piel del brazo.

Helen oyó el teléfono y los pasos ligeros de Komo al ir a responder. De pronto, el sirviente apareció silenciosamente junto a su butaca como si se hubiera materializado por arte de magia.

—Disculpe, por favor —dijo—. Esta vez, llamada para señorita.

Helen salió al recibidor de la casa, donde estaba el teléfono. Cogió el auricular preguntándose si sería Jerry quien llamaba para...

—Hola —saludó con el corazón en un puño.

La voz que llegó del otro extremo de la línea temblaba ligeramente.

—¿Eres Helen Kendal?

—Sí, claro.

—¿No sabes quién soy?

—Pues no —respondió Helen en un tono casi ofensivo. Le molestaba que la gente jugara a las adivinanzas cuando llamaba.

La voz pareció adquirir mayor fuerza y aplomo.

—Vigila que nadie te oiga. ¿Te acuerdas de tu tío Franklin?

A Helen se le secó la boca de golpe.

—Sí, sí, pero...

—Soy tu tío Franklin.

—No me lo creo. Está...

—No, Helen. No estoy muerto. —La voz se quebró por la emoción—. Estoy muy vivo.

—Pero...

—No puedo reprocharte que no me creas. Si me vieras, me reconocerías, ¿verdad?

—Pues yo... Claro que te reconocería.

La voz del hombre prosiguió con más firmeza.

—¿Te acuerdas del día que el gato se subió al tejado de la casa huyendo del perro? Me suplicaste que lo bajara, y cogí una escalera y subí. ¿Te acuerdas de esa Nochevieja en la que quisiste probar el ponche y la tía Matilda te dijo que no, y al final te llevaste a escondidas un vasito a la despensa? ¿Te acuerdas de que te acompañé a tu habitación y hablé contigo hasta que te dio la risa floja, y que nunca se lo conté a nadie, ni siquiera a tu tía?

Helen sintió un extraño cosquilleo en el vello de la nuca.

—Sí —respondió con una voz que era poco más que un susurro.

—¿Y ahora me crees, Helen?

—Tío Frank...

—¡Cuidado! No digas mi nombre. ¿Está tu tía en casa?

—Sí.

—No tiene que saber que he llamado. No puede enterarse nadie. ¿Lo has entendido?

—Pero yo... Pero... No, no lo entiendo.

—Solo hay una forma de arreglar las cosas. Tendrás que ayudarme.

—¿Yo?

—Sí.

—¿Qué puedo hacer?

—Algo que solo tú puedes hacer. ¿Has oído hablar de un abogado que se llama Perry Mason?

—Sí, me suena.

—Quiero que esta tarde vayas a verle y le cuentes toda la historia para que se haga una idea de los hechos. Esta

noche, a las nueve, quiero que lo traigas al hotel Castle Gate. ¿Sabes dónde es?

—No.

—Búscalo. Es un hotel barato. No te asustes. Ve con Mason al hotel y pregunta por Henry Leech. Él os llevará conmigo. No hables con nadie de esta conversación ni de lo que vamos a hacer. Asegúrate de que no te sigue nadie. Y cuéntaselo todo a Mason, pero hazle jurar que guardará el secreto. Yo voy a...

Helen oyó entonces una inspiración rápida, entrecortada. Al momento, se oyó un clic en la línea y solo quedó ese curioso zumbido de una llamada interrumpida por uno de sus dos extremos. Helen pulsó varias veces el gancho para recuperar la llamada.

—Operadora —exclamó—. ¡Operadora!

A través de la puerta entreabierta, Helen oyó el ruido inconfundible que acompañaba a la llegada de su tía: los pasos lentos, cansados, el lento repicar de su bastón contra el suelo, el roce de su pie derecho al arrastrarlo.

Colgó el auricular apresuradamente.

—¿Quién era? —preguntó la tía Matilda al entrar en el recibidor y ver que Helen se apartaba del teléfono.

—Alguien que quería una cita conmigo, creo —contestó Helen, fingiendo desenfado.

La tía Matilda bajó la vista para inspeccionar la mano derecha de Helen.

—¿Cómo es posible que ese gato te haya arañado así? —preguntó—. Me engañas para protegerlo. Lo echaré de casa si se vuelve agresivo.

—No seas tonta —dijo Helen—. Ya te lo he dicho. Estaba chinchándole con una bola de papel.

—Eso no es motivo para arañarte. ¿Era tu soldadito quien ha llamado?

Helen se rio para disimular.

—¿Por qué estás tan emocionada? Se te han subido los

colores. —Matilda encogió sus gruesos hombros en un gesto de desdén—. Ese tonto es capaz de pedirte la mano por teléfono. No me sorprendería en absoluto... Helen, ¿qué puñetas le pasa al gato?

Helen suspiró cansada.

—Ya te he dicho que ha sido culpa mía. Yo...

—¡No, no digo eso! ¡Míralo!

Helen se acercó al gato, empujada por la mirada fija de su tía.

—Solo está jugando —dijo Helen—. A los gatitos les gusta jugar así.

—Pues a mí no me parece que esté jugando.

—Los gatitos hacen eso cuando se estiran. Tienen que flexionar sus pequeños músculos. Son...

Helen sintió que las palabras se le disolvían en la lengua al empezar a dudar. El gatito se estaba comportando de una forma rarísima, sus movimientos eran muy distintos de los estiramientos que hacen los gatitos para forzar el crecimiento de sus músculos inmaduros. Su pequeña columna se arqueó hacia atrás. Tenía las patas estiradas al máximo. Unos pequeños espasmos agitaban todo su cuerpo. Pero lo que le llamó poderosamente la atención y la llenó de temor fue la expresión de sus ojos ámbar, la fuerza con la que apretaba las mandíbulas, los espumarajos que asomaban por debajo de sus labios fruncidos y pálidos.

—¡Ay, Dios! —exclamó—. ¡Algo va mal! ¡*Ojos de Ámbar* está enfermo!

—No te acerques al gato —dijo Matilda Shore—. Tiene la rabia. Los gatos también pueden contagiarse, igual que los perros. Deberías ir enseguida al médico a que te vea esa mano.

—¡Tonterías! —respondió Helen—. El gatito está enfermo... Pobrecillo *Ojos de Ámbar*. ¿Qué te pasa? ¿Te has hecho daño con algo?

Helen se agachó junto a su cuerpecillo rígido. En cuan-

to le acarició el pelo, el gato tuvo una convulsión en toda regla.

—Voy a llevarlo al veterinario ahora mismo —dijo Helen.

—Ten cuidado. Puede hacerte daño —la avisó la tía Matilda.

—Me andaré con ojo —le prometió Helen, antes de ir corriendo al armario y ponerse el abrigo a toda prisa.

—Coge algo para envolverlo —dijo la tía Matilda—. Así no podrá arañarte... ¡Komo!... ¡Ay, Komo!

El hombrecillo moreno se materializó casi al instante en la puerta.

—Sí, señora.

—Ve a buscar una manta o una colcha vieja al armario. Cualquier cosa que sirva para envolver al gato —dijo Helen.

Komo observó al gatito con una expresión extraña en sus ojos laqueados.

—¿Gatito enfermo? —preguntó.

—No te quedes ahí como un pasmarote haciendo preguntas estúpidas —dijo Matilda con impaciencia—. Claro que el gatito está enfermo. Haz lo que te ha dicho la señorita Helen. Ve a buscar una manta.

—Sí, señora.

Después de ajustarse el sombrero a toda prisa frente al espejo, Helen se agachó junto al gatito.

—No te acerques a él —la avisó Matilda—. No me gusta cómo se comporta.

—¿Qué te pasa, *Ojos de Ámbar*? —le preguntó Helen con dulzura.

Sus ojos miraban al vacío. Sin embargo, al oír la voz de Helen, el gato hizo un pequeño movimiento, como si hubiese querido girar la cabeza. Ese leve esfuerzo le desencadenó otro espasmo súbito, más violento esta vez.

Justo cuando Komo volvió con la manta, Helen oyó pa-

sos en el porche de la casa. La puerta se abrió. Su tío, Gerald Shore, cruzó el recibidor y entró en el salón, quitándose el sombrero y el abrigo ligero por el camino.

—¡Hola a todo el mundo! —indicó alegremente—. ¿Qué está ocurriendo?

Gerald conseguía transmitir sosiego con su voz profunda y resonante. No tenía la necesidad de levantarla porque siempre se le oía perfectamente, por más grande que fuera la habitación donde estuviera.

—Es *Ojos de Ámbar* —respondió Helen—. Está enfermo.

—¿Qué le pasa?

—No lo sabemos. Tiene espasmos. Voy a llevarlo al veterinario —dijo Helen—. Voy a... Komo, ven aquí. Ayúdame a envolverlo con la manta. Cuidado, no te muerda.

Arroparon al gato con la manta. Helen estrechó su cuerpecillo en tensión y al dirigirse a la puerta sintió que otro espasmo crispaba sus músculos.

—Vamos —señaló Gerald Shore—. Yo conduzco. Lleva tú al gato.

—El gato la ha arañado —dijo Matilda.

—Me he limpiado la herida con alcohol —explicó Helen.

—Los gatos también pueden contraer la rabia, igual que los perros —insistió Matilda.

El criado, sonriendo y bajando la cabeza sin cesar, dijo:

—Ataque. Disculpe, por favor. Todos gatos tienen ataques. Ataque muy normal en gato.

Helen se volvió hacia el tío Gerald:

—Vámonos. Tenemos que salir ya, por favor.

Matilda Shore dijo al criado:

—Komo, me he quedado otra vez sin cerveza negra por tu culpa. Vete a ese mercado que hay en la parte alta de la ciudad y tráeme seis botellas. No me molestes cuando vuelvas. Voy a echarme hasta la hora de cenar. Helen, no te tomes tan a pecho lo del gato. Búscate un aliviadero mejor para tus afectos. Bueno, marchaos de una vez.

La tía Matilda se metió en su habitación y dio un portazo tras de sí.

—Vamos, Helen —dijo el tío Gerald con ternura.

Helen se acordó entonces de la llamada telefónica. Con todas las emociones por el gato, se le había olvidado por completo. En cierta forma, parecía irreal, como algo que no hubiese ocurrido nunca. ¡El tío Franklin! En cuanto dejara en buenas manos a *Ojos de Ámbar*, intentaría ver a ese tal Perry Mason.